

Alberto Blest Gana

El loco Estero
Recuerdos de la niñez

Edición de Miguel Saralegui y Yosa Vidal

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Blest Gana y el realismo hispánico	11
Biografía	16
Protagonistas y escenario de una política novela de amor	21
¿Por qué <i>El loco Estero</i> y no <i>El ñato Díaz</i> ?	26
Titular la novela como estrategia política: el loco contra Portales	27
Hacerse mayores: Chile y el ñato Díaz	40
Los lenguajes del cuerpo: clasismo, racismo y misoginia	44
BIBLIOGRAFÍA	55
EL LOCO ESTERO. RECUERDOS DE LA NIÑEZ	59
I	61
II	79
III	96
IV	106
V	118
VI	133
VII	150
VIII	163
IX	175
X	181

XI	196
XII	206
XIII	217
XIV	230
XV	241
XVI	254
XVII	268
XVIII	279
XIX	293
XX	306
XXI	317
XXII	328
XXIII	339
XXIV	352
XXV	366
XXVI	379
XXVII	395

INTRODUCCION

BLEST GANA Y EL REALISMO HISPÁNICO

Abandono y dedicación marcan la trayectoria de Alberto Blest Gana, el novelista chileno más importante del siglo XIX, con una imprevisible mezcla de profesionalidad, repetición y desidia. La llegada a los libros puede ser forzosa, es el caso de Maquiavelo: la escritura aparece como el consuelo de algo que se ha dejado de ser y que se quiere volver a ser. El Maquiavelo escritor es siempre un sucedáneo del Maquiavelo político y, por este motivo, es perfectamente natural que sus mejores obras —*El príncipe* y *Los discursos*, además de *La mandrágora*— estén más próximas, temporal y temáticamente, a su verdadera vocación: la política. La literatura puede ser un fin consciente y deliberadamente deseado y, al mismo tiempo, convertirse en la habitación más terrible. Este es el caso de Kafka: el escritor puro que nunca encuentra una página a la altura de su vocación. También tenemos al intelectual que abandona la escritura, normalmente como consecuencia de repetidos fracasos. Se trataría de la nómina más amplia: la del aprendiz que deja la literatura por una rotunda falta de éxito.

La relación de Alberto Blest Gana con la literatura se caracteriza por una ambigüedad casi absoluta, pues esta aparece como acompañamiento, casi prescindible, de la vida. Ni alivio necesario, ni vocación trágica, ni posteridad justiciera, la literatura se encuentra en el lugar menos previsible para las expectativas del escritor moderno: es simplemente algo secundario. Antes y después de la vida, se escribe; al vivir, se trabaja. Blest Gana no es el escritor bucrócrata que roba

tiempo a su profesión. Es el funcionario vocacional, para quien la escritura es una ocupación subordinada a los encargos ministeriales. Ni siquiera se lo puede incluir en los «escritores del no» recogidos por Vila-Matas en *Bartleby y compañía*: el «preferiría no hacerlo» se convierte en «lo haré cuando deje de ser diplomático». Alberto Blest Gana es el escritor intermitente. Es capaz de escribir una temprana obra maestra —*Martín Rivas*, cumbre del canon de la novela realista chilena y latinoamericana— a los treinta y dos años y de abandonar la literatura para trabajar como funcionario del Estado chileno. En la historia de la sociología de la literatura, ocupa un lugar excepcional no solo por haber abandonado la escritura tras un éxito colosal. Blest Gana ha adquirido un lugar particular en la historia de la ciudad letrada latinoamericana también por su regreso a la literatura, tan poco romántico y apasionado como su abandono.

Vuelve a las letras, con casi setenta años, después de haberse enriquecido como ministro de Chile en París, para retomar *Durante la reconquista*, la misma novela que estaba escribiendo en el momento en que la función pública le reclamó para la marginal intendencia de Colchagua. Casi medio siglo después, su inspiración saca del cajón la novela que había dejado a medias. Blest Gana es siempre el mismo: no deja la literatura por frustración, ni vuelve a ella para devolverle sentido a una vida sin ilusión. Se va sin deprimirse, vuelve sin entusiasmo. Transita por ella con una calma y con una estabilidad que contradicen no solo el concepto moderno de vocación literaria, sino la misma convicción de la identidad personal. Con un afán por romantizar su biografía, Benjamín Vicuña Subercaseaux escribió que Blest Gana entiende su retiro del servicio diplomático como ocasión festiva para practicar su verdadera identidad: la escritura de novelas¹.

¹ B. Vicuña, *Gobernantes y literatos*, Santiago, El Universo, 1907, pág. 203: «Cansado de sus tareas, quiso acogerse a la jubilación que el gobierno le ofrecía. Ese no era sino un pretexto: Blest no quería morirse

Más apropiada es la imagen de Alone, el crítico literario chileno más importante del siglo xx, que titula el capítulo que narra el final de su vida pública de modo más sombrío y coherente con los sentimientos del autor: «Nuestra victoria, su derrota»². Si el juicio de Vicuña Subercaseaux es el reflejo de una muy extendida visión de la literatura, los documentos confirman el punto de vista Alone. Existe constancia de que Blest Gana se tomó mal que lo despidieran de la legación de París. Conservamos la carta de noviembre de 1886, en que le explica al presidente Balmaceda, a lo largo de casi veinte páginas, por qué la decisión de retirarlo era equivocada. Ciertamente, que Blest Gana interpretara esta destitución como una afrenta no impidió que fuera capaz de producir tres nuevas obras maestras para la novela realista en lengua española: *Durante la reconquista* (1897), *Los transplantados* (1904) y *El loco Estero* (1909).

Aprisionados todavía en una concepción idealista de la literatura, produce fascinación esta ausencia absoluta de dramatismo en su primera renuncia, esta subordinación consciente de la literatura a la profesión, incluso a la más prosaica. Con Blest Gana se produce una feliz coincidencia. La literatura representa para el escritor exactamente lo mismo que para la inmensa mayoría de los lectores: un *hobby*, una casa de vacaciones en la que se veranea solo cuando no se ha conseguido dinero para visitar un lugar exótico; leemos cuando no nos han invitado a tomar una copa o el objeto de nuestros deseos no responde a nuestros mensajes. Leemos solo cuando Netflix no promociona una serie verdaderamente interesante. Si Cortázar abominó pomposamente del lector pasivo, su juicio sobre este escri-

sin dedicarle a las letras el final de su vida. Los que lamentaron su retiro de la diplomacia, no pensaron en lo que, con eso, iba a ganar la literatura hispanoamericana».

² Alone, *Don Alberto Blest Gana. Biografía y crítica*, Santiago, Nascimento, 1950, págs. 90-100.

tor pasivo, desmotivado, casi involuntario, para el que la jubilación sirve de excusa para regresar a la literatura, quizá hubiera sido más benigno. Los críticos literarios chilenos —Silva Castro y Alone— describen con una contagiosa naturalidad esta dependencia funcional de la literatura, como si el resto de los escritores chilenos y latinoamericanos hubiera entendido su vocación literaria de manera tan conveniente y apolínea. Blest Gana contradice al escritor burócrata que justifica su profesión precisamente por sus ventajas literarias: la ocupación cómoda que permite dedicar los mejores esfuerzos a la creación literaria. El vínculo que Blest Gana establece con la literatura es perfectamente anticanónico, ajeno al ideal moderno de la literatura como salvación, como esfuerzo insano, como última vocación posible en un mundo desdivinizado. La literatura en Blest Gana es algo que ocurre antes y después de la vida, esta es algo respetable y se ejerce en la oficina de un ministerio, en la sede de una embajada, incluso en los locales de una periférica alcaldía del Valle Central de Chile.

No hay exageración en el antirromanticismo vocacional de Blest Gana. Su prosaísmo se extiende más allá de esta consideración biográfica y profesional. La creación para Blest Gana no es el lugar de lo nuevo, sino de la repetición mejorada. Cumple a la perfección el principio de que el artista es un artesano. Los temas de sus novelas, su misma estructura, se repiten; son vasijas, casi idénticas, sobre una misma forma —la pareja como mecanismo de orden y ascenso social— que va perfeccionando, hasta comprimirlos en *El loco Estero*, una obra maestra de la recapitulación.

Se puede conectar este desinterés con la pobre posición que la novela realista en lengua castellana posee en el panorama de las letras universales. Blest Gana es el novelista del realismo para la literatura hispanoamericana del siglo XIX. Desconocido en España, solo nombrado en los países americanos, los mismos novelistas chilenos suelen bromear